

refugiados entrañables para Clara Lida: su maestro y amigo Vicente Llorens, a quien dedica un texto extraordinario, y José Puche Planás, al que llama acertadamente “exiliado y mexicano cabal”.

Quiero terminar diciendo que, igual que en trabajos anteriores, en este libro destaca el impecable manejo del lenguaje escrito de la autora, su conocimiento y amor por nuestro idioma. Y no es gratuito que

incluya a lo largo del libro, a manera de epígrafes, versos alusivos al exilio; ella sabe, como poeta que es, que un verso es frecuentemente un destello que alumbra aquello imposible de expresar de otra manera.

La habitación y su historia

María Dolores Morales

Enrique Ayala Alonso, *La idea de habitar. La ciudad de México y sus casas, 1750-1900*, México, UAM, 2009.

Con el sugerente título de *La idea de habitar. La ciudad de México y sus casas, 1750-1900*, el arquitecto Enrique Ayala Alonso nos ofrece un libro inteligente, ameno y bien escrito, resultado de una rigurosa investigación que tiene como objetivo central estudiar el proceso de cambio de la vivienda y de las maneras de habitarla, desde las reformas borbónicas hasta el inicio de la urbe moderna.

El tema de la casa ha sido poco investigado en la historiografía mexicana y la mayoría de los estudios lo han abordado desde la perspectiva de su morfología física o de su valor artístico. Pocas veces se han relacionado estas formas constructivas con la manera en que los diferentes grupos sociales

las concibieron y vivieron. Por ello, es muy enriquecedor el enfoque del autor que reconstruye la historia de la casa, no sólo desde el punto de vista arquitectónico sino también desde la óptica de la historia de las mentalidades al analizar los valores que sobre el habitar compartían las familias en los momentos estudiados, las ideas que tenían sobre la privacidad y la intimidad así como sus gustos para decorar los interiores de las viviendas donde se desarrollaba su vida doméstica, elementos todos que el autor considera fundamentales.

La idea principal que organiza el trabajo es que la casa actual tiene sus raíces dos siglos y medio atrás y que su proceso de cambio cristalizó como resultado de las transformaciones impulsadas por dos movimientos políticos clave: las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII y la reforma liberal de mediados del siglo XIX. La primera marcó una etapa distinta en la historia de la ciudad, de la casa y de las conductas colectivas, estremeció todas las estructuras existentes en la sociedad novohispana y las proyectó hacia su modernización; surgieron así muchos de los nuevos valores sobre el habitar cimentados en la filosofía de la Ilustración. En tanto que la

reforma liberal estableció un nuevo orden jurídico, económico y social que permitió el progreso de la nueva nación, al secularizar la vida cotidiana de la población y arrebatarla a la Iglesia que por siglos había controlado todos sus actos. Asimismo dio origen al nacimiento del ciudadano que ante la ley representó la igualdad de toda la población e hizo posible una diferente forma de habitar.

El libro está dividido en cinco capítulos, los dos primeros (“La reinención de la urbe” y “La reforma toca a la casa”) examinan los efectos de las reformas borbónicas en la ciudad y en la casa. El autor señala que en la ciudad se pusieron en marcha una serie de medidas para dotarla de una imagen distinta, cuyo principio rector era implantar un nuevo orden general que la concebía como una unidad total sin distinciones entre la ciudad de españoles y los barrios indígenas, una urbe ordenada, higiénica y funcional. Con ese objetivo se implementó una división administrativa en cuarteles sobrepuesta a la parroquial; se intentó desalojar de las calles a quienes hacían uso tradicional de ellas, para destinarlas únicamente a la circulación y se creó una infraestructura de servicios públicos ligada a la salubridad

y a la comodidad de los habitantes que comprendió la construcción de atarjeas, el empedrado de calles, la recolección de basura, la colocación de placas con la nomenclatura y la creación de paseos. Asimismo se establecieron grandes centros de trabajo, como la fábrica de tabaco, que propiciaron la separación entre las actividades domésticas, productivas y comerciales.

A través del análisis y la detallada lectura de planos y fachadas de casas de distintos rangos sociales, Enrique Ayala nos explica las transformaciones ocurridas. Entre los cambios ligados al pensamiento ilustrado que experimentó la casa, destaca que al empezar a definirse los ámbitos de lo público y lo privado se dio una recomposición de la vida familiar para asegurar una vida doméstica más privada e íntima por lo que se alejó a la servidumbre y a los empleados considerados hasta entonces parte de la familia. La antigua casa, que permitía en un mismo espacio la simultaneidad de usos para la vivienda y el trabajo, fue adquiriendo un uso dedicado exclusivamente a la vida familiar. El autor descubre también algunos cambios en la distribución de las casas como el de una zonificación en su interior con el propósito de separar los recintos destinados al uso social de los de carácter íntimo y el surgimiento de espacios dedicados al estudio como bibliotecas y gabinetes. Los nuevos hábitos higiénicos y de limpieza corporal que se intentaban imponer, dieron origen a que se expidieran reglamentos para obligar a la población a construir “lugares comunes” al interior de sus casas; será en las casas de la elite donde

se inicie la construcción de cuartos especiales para el baño, conocidos entonces como placeres.

Las viejas formas de la arquitectura doméstica colonial empezaron a cambiar al surgir un nuevo gusto estético, el neoclásico, inspirado en el arte grecorromano que sustituyó a las fantasías ornamentales del barroco. Otros factores que influyeron en este cambio fueron las nuevas tecnologías constructivas y los distintos materiales que empezaron a utilizarse como el ladrillo, los recubrimientos de yeso y los cielos rasos para ocultar la vigería de los techos. Los interiores también se modificaron al usarse madera en los pisos, telas impresas y papel tapiz en los muros, y muebles más cómodos y adaptados a las características del cuerpo humano. El proyecto borbónico no se concretó como se había planeado, debido a la constante resistencia de la población respecto a las nuevas formas de vida, aunque no por ello dejó de provocar transformaciones.

En el tercer capítulo (“Años decisivos”), Ayala trata las décadas posteriores a la Independencia, cuando la inestable situación económica y política del país dificultaron el avance de los cambios (siendo éstos limitados) en la ciudad y en la casa. Los que acontecieron estuvieron vinculados con una paulatina secularización, no se construyeron edificios religiosos pero en cambio se realizaron equipamientos para alojar a la vida urbana secularizada, entre los que destacan los dedicados al entretenimiento (teatros, cafés, restaurantes, fondas, cantinas) y paseos que se convirtieron en el lugar del acontecer público.

Con respecto a la construcción habitacional, el autor considera que fue escasa y no registró grandes transformaciones; sin embargo, señala que en el poniente de la ciudad y en las casas de campo que la elite estableció en los pueblos de los alrededores, aparecieron los primeros ejemplos de casas aisladas dentro de un terreno ajardinado que permitía a sus habitantes alejarse de la calle y de las demás casas; la casa aislada y el jardín doméstico constituyeron así las innovaciones en estos años. Subraya también que con la Independencia cambia la decoración de los interiores al surgir un nuevo menaje compuesto por sofás, sillones, grandes espejos, floreros encerrados en capelos, relojes de mesa y pinturas o grabados en los muros.

Los capítulos cuarto y quinto (“Nuevos lugares y formas de habitar” y “Habitar en la vieja ciudad”) se refieren a la cristalización del proceso de modernización de las formas de habitar que resultaron de la promulgación de las leyes de Reforma y originaron la ruptura definitiva con el Antiguo Régimen y con los valores de una sociedad basada en actores colectivos, para transformarla en otra regida por individuos con derechos iguales. Se pasó así de un régimen en gran parte de propiedad corporativa a uno de propiedad privada, naciendo el ciudadano quien se convirtió en el principal personaje de la nueva manera de habitar.

Apoyado en una cuidadosa selección de planos, fachadas y fotos recopilados principalmente en el Archivo General de Notarías del Distrito Federal y en la Fototeca del INAH, Enrique Ayala nos explica

lo que significó esta reforma en la transformación de la casa y de las formas de habitar. Al igual que en la ciudad, en la arquitectura doméstica los ámbitos de lo público y lo privado terminaron de definirse como espacios complementarios e interdependientes uno del otro y la casa se configuró como un ámbito adecuado a la privacidad, la intimidad y el confort. El avance de la modernización se dio primero en la periferia de la ciudad, en las residencias campestres que se construyeron en los poblados de su entorno como Tacubaya y en los fraccionamientos fundados en terrenos de las haciendas y ranchos, tema que aborda el cuarto capítulo.

Las ideas imperantes sobre la higiene y la salud justificaban la búsqueda de un ambiente sano para disfrutar de una vida tranquila en contacto con la naturaleza que sólo podía encontrarse lejos de la ciudad. Estas casas se construyeron aisladas levantadas en medio de jardines y separadas de los linderos y del frente del terreno; eran amplias y elegantes acordes con los nuevos gustos estéticos de la arquitectura ecléctica inglesa o francesa. Su distribución interna era también distinta, los bajos dejaron de destinarse a los servicios y alojaron a la vida social mientras que los altos se reservaron para la vida familiar e íntima; los comedores hasta entonces reservados a la vida privada se integraron a la vida social. En varias de estas casas, el nivel de los pisos interiores era más alto que el del jardín, lo que originó que el adentro y el afuera se definieran como ámbitos distintos y propició la construcción de terrazas, miradores o balcones

desde donde se podían contemplar los jardines y el paisaje.

Las nuevas tecnologías fueron también un factor determinante para la transformación de la arquitectura doméstica; se utilizaron nuevos materiales como las viguetas de hierro y las bovedillas de lámina de zinc que sustituyeron en los techos y los entrepisos a las bóvedas planas de ladrillo. La iluminación también evolucionó, del uso de la trementina se pasó a las lámparas de gas y finalmente a la luz eléctrica. La higiene corporal adquirió mayor importancia y se instalaron cuartos de baño más equipados, con tinas, artefactos para el aseo y excusados de sifón que incrementaron la demanda de agua e hicieron necesaria la apertura de pozos artesianos.

Con respecto a los interiores de las casas, Enrique Ayala nos presenta una interesante reconstrucción de su transformación sustentada en diversas fuentes: una serie de fotos publicadas en la Crónica oficial de las fiestas del Centenario, un valioso avalúo de una casa de campo de Tacubaya localizado en el Archivo General de Notarías y algunas crónicas. Nos muestra así, como la elite, para dar una imagen de prosperidad y cultura y disfrutar de una vida más cómoda dentro de sus casas, se obsesiona por llenar los interiores de objetos procedentes de Europa: suntuosos muebles, elegantes pianos, cortinajes de terciopelo, pesadas alfombras, brocados o pinturas con escenas pastorales en los muros, chimeneas, espejos venecianos, grandes candiles, lámparas de pie y de mesa, obras de arte y finas porcelanas componen la nueva ornamentación de influencia victoriana.

El autor termina el libro con un capítulo sobre los cambios de la casa

en el interior de la vieja ciudad, enfatizando que fueron diferentes a los ocurridos en la periferia. La nacionalización de los bienes del clero provocó una importante oferta de vivienda debido al fraccionamiento de muchos de sus conventos y la venta en lotes a particulares; en algunos de ellos se construyeron casas nuevas y en otros solamente se acondicionaron viviendas cerrando o abriendo puertas y ventanas. La diversidad de casas construidas en la parte central estuvo destinada a todas las clases sociales y se edificaron desde elegantes residencias hasta jacales pasando por vecindades y casas de departamentos. Estas casas, a diferencia de las construidas en la periferia, estaban condicionadas a implantarse sobre el frente y los linderos del terreno ya que el suelo era más costoso y no era rentable construir las aisladas. Por ello, la mayoría conformaban manzanas compactas y fachadas continuas, aunque excepcionalmente se edificaron algunas con volúmenes retraídos que rompían el alineamiento y la continuidad de la manzana.

También aquí el autor descubre nuevas propuestas de habitación aunque señala que se conservó un mayor número de elementos de la arquitectura colonial junto a las nuevas tendencias. En la mayoría de las casas, la organización de los espacios fue semejante a la de las viviendas coloniales, los servicios se ubicaron en la planta baja y las habitaciones en los altos y el comedor permaneció separado de la sala. Entre los elementos modernos estaban los jardines, las fachadas eclécticas, los tragaluces de acero y vidrio para iluminar espa-

cios oscuros, los cuartos de baño dotados de comunes, los tocadores y las salas de billar.

Las nuevas vecindades que se construyeron, a diferencia de las coloniales, no propiciaban la vida colectiva porque los patios se redujeron y alteraron sus proporciones convirtiéndose en pasillos, en tanto que los patios individuales sustituyeron el uso comunitario del patio principal. La casa, se volvió así moderna y distinta de la del antiguo régimen y se logró implantar una nueva forma de habitar.

Como hemos podido apreciar, este libro constituye un avance y una valiosa contribución al conocimiento histórico de la casa y de la idea de habitar en la ciudad de México, resultado de una continúa indagación de más de diez años sobre el tema. Enrique Ayala logra presentar de manera ágil y atractiva un análisis académico riguroso del proceso de cambio de las casas y lleva al lector —no sólo a los especialistas— a descubrir las raíces del habitar actual y al mismo tiempo a disfrutar de una magní-

fica documentación gráfica compuesta por cerca de cien imágenes entre planos, fotos, dibujos, grabados y postales. Su mayor y fundamental aporte radica, sin duda, en la manera en que incorpora estas imágenes al texto, como documentos efectivos que cuidadosamente examina e interpreta para a través de ellos, transportarnos a las casas y permitir que podamos entender el proceso general de su transformación e imaginar la vida íntima de las familias dieciochescas y decimonónicas.

